

Puso por escrito algunos elogios de la Virgen Santísima, que mostró serle agradables con esta maravilla. Representóse á una persona de muy señalada virtud el P. Encinas, que humilde ofrecia á la Virgen aquel su trabajo, y que esta Señora le aceptaba con afabilidad y agrado.

Acompañaba al amor de la Madre el que tenia á su Hijo, ya le amaba infante y recién nacido, ya con tiernos afectos le adoraba crucificado, pero más tendia las velas de su devocion en la veneracion del Santísimo Sacramento.

Decia Misa muy despacio, y algunas veces gastaba horas en decirla, cuando celebraba sin testigos, empleando el resto de la mañana en dar gracias.

Casi todas las noches pasaba en oracion, durmiendo solas dos horas, y estas en la tierra ó en la peana del altar. Rezaba las horas canónicas con grande atencion, y cuando no las habia podido rezar á sus tiempos por la ocupacion en las confesiones, se vió que las leia ya de noche en el templo á la luz que reverberaba de su rostro en el breviario.

Fué muy penitente, afligia su cuerpo con cilicios de hierro y de cerdas y con sangrientas disciplinas.

Habiéndole los médicos ordenado que se bañase, hacia calentar el agua con tanto exceso, que le atormentaba con su vehemente calor. Huia de las delicias en los manjares, contento con el sustento de papagios cocidos, comida vil de los indios.

Era muy afable con todos; con este agrado ganó la voluntad de los holandeses, cuando fué su prisionero.

Fué verdadero hijo de la Compañía, guardando sus reglas con toda exaccion.

Tuvo tanto celo de las almas, que duró treinta años con caridad apostólica en la institucion y enseñanza cristiana de los bisayas; penetraba descalzo por los montes y bosques, pasaba los rios, averiguaba los escondrijos, y de ellos sacaba á los indios para domesticarlos con la piedad católica.

En estas empresas ya le abrasaba el rigor del sol, ya quedaba empapado en agua con las lluvias, malos pasos y pantanos, ya padecía grandes necesidades del sustento, ya estaba destituido de las comodidades de la vida.

Este hombre tan santo fué enviado por su provincia Procurador á Roma el año de 1625, y en este viaje cayó en manos de holandeses, que le afligieron con una servidumbre muy cruel. Puesto ya en libertad, poco despues que llegó á Manila, se le llevó Dios de una enfermedad que le duró pocos días. Murió recibidos los Santos Sacramentos, entregando el alma á su Criador con muy dulces coloquios, á 11 de enero del año de 1632. Escribió este varon los *Encomios de nuestra Señora*, y la *Gramática y Confesonario* en lengua bisayense, muy útil en las Filipinas.

P. NIEREMBERG.

P. ALONSO DE HUMANES

UNA de las generosas piedras que escogió Dios para el fundamento de la provincia de Filipinas, que tanta gloria ha dado á la divina Majestad con el copiosísimo número de almas que ha sacado de la ceguedad del paganismo, que han poblado gran parte de las sillas del cielo, y con los ilustres mártires que ha dado á la Iglesia, que á costa de su sangre plantaron la fe de Cristo en aquel archipiélago, poblado de innumerables islas, fué el P. Alonso de Humanes, varon verdaderamente espiritual y santo, de vida inculpable, rara modestia, gran mansedumbre, alta oracion y muchas y admirables virtudes, de que puedo testificar como testigo de vista, por haberle tratado con envidia de su mucha santidad y admiracion de su ejemplarísima vida, y como tal le escogió Dios para piedra fundamental de aquella esclarecida provincia, la cual gobernó muchos años, y muchos más la ilustró con los ejemplos de su santa vida.

Nació este insigne varon el año de mil y quinientos y sesenta y cinco en una aldea pequeña, cerca de la villa de Belmonte, del obispado de Cuenca, en la cual tenian sus padres la mayor parte de su hacienda.

Su padre se llamó Pedro de Humanes, noble hidalgo de Vizcaya; su madre Ana Perez, de lo más principal y acendrado de la rica villa de Colmenar de Oreja, cabeza de su estado, en el arzobispado de Toledo.

Desde niño dió muestras de haberle escogido la divina mano para santo, en la compostura y modestia de sus acciones, en la blandura de su natural, en la obediencia á sus padres y en la inclinacion que tenia en aquella edad pueril á todas las cosas de virtud.

En teniendo edad le enviaron sus padres á la villa de Ocaña á estudiar latinidad en los estudios de la Compañía, adonde no aprovechó ménos en la virtud, que en las letras, esmerándose en la devocion con el trato de nuestros religiosos, á quien miró siempre con amor de hijo á sus padres.

De Ocaña pasó á la Universidad de Alcalá, adonde estudió las Artes y la Teología de los dos insignes maestros, los PP. Francisco Suarez y Gabriel Vazquez, que á la sazón leían juntos en nuestro colegio, el primero la cátedra de Prima, y el segundo la de Visperas; si bien ambos eran primos en la sabiduría y los dos soles, que ilustraron con su admirable doctrina la religion de la Compañía, y dieron nuevo realce á la sagrada Teología en todo el mundo.

Con tales maestros, bien se deja entender cuán aprovechado saldría el discípulo, y más juntando el estudio de la virtud con el de las letras, porque siempre vivió en el temor de Dios, frecuentando los Sacramentos, ejercitando obras de piedad y santidad, apartándose de ruines y buscando santas compañías, que son los medios para conservar la conciencia limpia y los mejores libros para aprovechar en los estudios.

En teniendo edad, se ordenó de Sacerdote, no por codicia de acomodarse de hacienda, á que miran muchos cuando toman este santo estado, con intencion torcida y bien contraria á la que deben tener y tuvo este siervo de Dios, el cual miró solamente á su mayor gloria y servicio.

Era mozo en la edad y anciano en el juicio, de tal compostura y modestia, tan devoto y ajustado en su vida, que causaba admiracion y ejemplo, y era una continúa reprehension á los libres y mal acostumbrados y exhortacion á todos los que le miraban, á seguir los ejemplos de sus virtudes.

Viviendo, pues, en hábito secular una vida religiosa, le llamó Dios para la Compañía, y como le halló su divina voz tan descarnado de todo afecto humano, y tan inclinado á su servicio, no tuvo que vencer para obedecer á su voz; y así respondió luego y vino á nuestro colegio de Alcalá, adonde fué recibido con igual consuelo suyo y gozo de nuestros religiosos, por haberles dado Dios un compañero santo, de quien se prometieron siempre grandes progresos en la religion, y que habia de ser la honra de ella.

Fué enviado al Villarejo de Fuentes á tener su noviciado, y, si habia tenido excelentes maestros en la Teología escolástica, no fué inferior el que tuvo de la Teología mística en la escuela de la perfeccion, adonde le dió nuestro Señor al P. Nicolás de Almazan, insigne maestro de novicios, bien conocido por su santidad y prudencia, dos veces Asistente de España, una Secretario de toda la Compañía, y más de cuarenta años Superior en ella con aplauso general y estimacion de todos. El cual tomó muy á su cargo formar un santo en nuestro buen novicio; y como halló la materia tan dispuesta, no le fué dificultoso salir con su intento.

Labróle muy de martillo, sin dejar linaje de mortificacion en que no le ejercitase, mandándole cosas contrarias á cada paso, reprehendiéndole por las bien hechas, para quitarle la vanidad que podia tener en ellas. Siendo Sacerdote le trataba como á lego, poniéndole en los oficios más humildes de la casa, en la cocina y la despensa, en la portería y sacristía, en el refitorio y en la huerta, dándole tantos oficios juntos, que parecia imposible cumplirlos, y castigándole rigurosamente por cualquiera falta, como si fuera un niño; mostrándose el buen novicio tan rendido y obediente, que no tuvo boca para replicar, ni proponer á cosa que le ordenase, procediendo con obediencia

ciega, sin tener movimiento contrario. Y notaron todos, que jamás le vieron el rostro triste ni alterado ni mudado: siempre el mismo con una serenidad maravillosa y una alegría modesta, que declaraba la paz de que gozaba en lo interior de su alma.

Si habia sido espejo de Sacerdotes seculares en el mundo, en la religion lo fué de religiosos. Y con profesarse tan alta perfeccion en aquel noviciado, del cual salieron en aquel tiempo personas santas, como fueron el P. Francisco Aguado, cuya vida, como de tal, se imprimió estos años, y el P. Francisco de Otazo, y el P. Juan de Montalvo y otros esclarecidos varones en santidad y letras, todos le miraban al P. Alonso de Humanes como á dechado de perfeccion y á ejemplo de santidad, que con su fervor alentaba y promovia en la observancia y perfeccion á todo el noviciado.

Estuvo tan lejos de resfriarse con las penitencias y rigores en que le ejercitaba su Maestro, que ántes, como las generosas plantas arraigan más con las nieves y heladas, así el santo varon arraigó más en el jardin de la religion con los rigores, penitencias y fatigas, que para su fervor eran flores y cama de descanso, y no se hartaba de dar gracias á nuestro Señor por la merced que le habia hecho en traerle á su casa, como lo significa en una carta que escribió en este tiempo á una hermana suya monja, por el tenor siguiente:

«Obligada está Vm., como me escribe, á alegrarse de verme puesto en el estado y religion, á que nuestro Señor Dios por su infinita misericordia ha sido servido de traerme: porque una de las propiedades del amor es holgarse del bien de la cosa amada; y así el amor que Vm. siempre me ha tenido, la obliga á holgarse mucho de este beneficio tan incomparable, que nuestro Señor me ha hecho. Bendito sea Él y alabado para siempre, que no me dejó pasar esta miserable vida sin gozar de tanto bien, como es vivir en religion y debajo de obediencia. Vm. me ayude á darle gracias por tan grande merced. Ciertamente, desde luego que entré, me dió nuestro Señor tan grande contento del nuevo estado, que hallé que esta era la vida que me daba á desear, y así lo ha ido continuando, y confío en su infinita Bondad lo hará hasta la muerte, si yo no le soy desagradecido, etc.»

Esto escribe el siervo de Dios á su hermana, en que declara cuán gustoso estaba en la religion, y cuán agradecido á Dios por la merced que le habia hecho en traerle á ella.

Esmeróse en todo género de virtudes, en la mortificacion y penitencia, en la humildad y obediencia, en el silencio, oracion y observancia regular, en que fué tan extremado, que en cuarenta y cinco años de religion no se le conoció una falta en la guarda de las reglas; y no sólo en las de la religion, sino tambien en las que se puso á sí mismo. Porque desde el noviciado orde-

nó la distribucion de las horas del día y de las semanas y meses, y lo que habia de hacer en todo el año, señalando á cada hora y tiempo su ocupacion. La cual guardó con tan grande puntualidad, que jamás faltó en la ejecucion de ella; ni por caminar ó navegar, ni por muchos negocios que tuviese en las ventas y posadas y en los caminos, dejaba de cumplir en cada hora su tarea con grande puntualidad; y así fué el mismo siempre, sin perder la paz de su alma, con una igualdad regularísima y una mansedumbre y tranquilidad de ánimo tal, que ni los sucesos adversos le entristecian, ni los prósperos le inmutaban, remitiéndolo todo á Dios.

Vivia como peregrino en la tierra y como ciudadano del cielo, adonde enderezaba sus pasos y todas sus acciones; y así no tomaba de lo temporal más que lo precisamente necesario para caminar á la patria celestial.

El rosario que le dió su madre cuando niño, conservó toda su vida, sin admitir otro alguno, habiendo tenido á mano tantos millares como repartió en las doctrinas.

El breviario primero que tuvo cuando se ordenó, usó toda su vida, sin mudarle ni mejorarle, no obstante que trajo de Roma, cuando fué Procurador de su provincia, muchos y muy buenos para los de ella; porque, si bien era escaso para consigo por la observancia de la santa pobreza, no lo era para con los demas.

II

Pasa á Méjico y de allí á Filipinas, á emplearse en la conversion de los indios gentiles.

Acabó su noviciado con los aumentos de santidad y perfeccion referidos, y luego trató de emplearse en los ministerios que la Compañía ejercita con los prójimos, dando pasto á su fervoroso espíritu.

A esta sazón vino á España el P. Pedro de Morales, Procurador de la provincia de Méjico, á llevar personas de toda satisfaccion, para fundar la provincia de Filipinas, que hasta entónces habia sido vice-provincia de Méjico, y adonde habia muchos infieles idólatras y grande necesidad de obreros que los predicasen y trajesen al conocimiento de Cristo.

Llegó esta noticia al P. Alonso de Humanes y con ella la voz de Dios, que le tenia destinado para este apostólico empleo; y con celo de la gloria de Dios y conversion de aquellas almas, se ofreció á los superiores para ir á predicarlos, y á cultivar aquella parte de viña del Señor tan inculta y necesitada de doctrina.

Como era persona de tan probada virtud, y aunque de pocos años de religion muchos de aprovechamiento, fué admitida su peticion, y señalado para esta empresa, que pide personas tales y no los ménos ajustados á la observancia, que no sirven en las Indias sino de carga, con descrédito de sus provincias y daño de sus almas.

Recibió esta asignacion con grande alborozo de su espíritu y con tan grande fervor que, olvidando padre y madre y cuantos parientes tenia, sin despedirse de alguno, no obstante que tenia una hermana religiosa en el camino de Sevilla, se partió sin ver á nadie ni pedir ni recibir cosa alguna; sólo escribió una carta á su hermana con tan espirituales consejos que, para comun edificacion, quiero ponerla aquí, y es la que se sigue:

«Vm. quede con la bendicion de Dios, que yo me parto para Sevilla, y de allí para Indias; y por la despedida quiero dar á Vm. algunos consejos que ha de recibir, como quien la desea que sea muy santa.

»El primero sea, que cada día haga cuenta que comienza á ser religiosa y traiga á la memoria aquel contento, aquel agradecimiento y aquella humildad para con los demas de esa santa casa, con que entró en ella, y procure conservar en su alma aquellos sentimientos que nuestro Señor entónces le dió.

»Lo segundo, su glorioso P. S. Bernardo dice que la persona religiosa ha de traer continuamente en la memoria estas dos cosas, de dónde la sacó Dios y adónde la trajo; mire Vm. de qué pueblo y de qué trajes, y de qué ocasiones la libró Dios nuestro Señor por su infinita misericordia y por medio de su tía; y aunque le sirva de ojos, no acabará de pagar el bien que le hizo. Lo segundo, que el santo glorioso dice que se ha de traer á la memoria, es adonde la trajo nuestro Señor; conviene á saber, á la casa de Dios, á la escuela de virtud, adonde no se trata sino de servir á Dios, adonde vale más vivir un día, que mil años en el siglo; así que Vm. debe estar contentísima y con grandísima estima y agradecimiento á Dios por el beneficio tan singular que le hizo de traerla á la religion.

»Lo tercero, ha de traer muchas veces á la memoria y considerar el fin para que Dios la trajo á esa santa casa, que no solamente es para salvarse por ese medio, sino para alcanzar perfeccion y santidad; y ese ha de ser su deseo, propósito y ánsia, y decir cada día á Dios muy de corazón: «Ayúdame, Señor, en mis buenos deseos, y dadme gracia para que desde ahora os sirva perfectamente, porque nada es cuanto hice hasta aquí,» por una parte humillándose, y por otra proponiendo caminar cada día con mucho brío á la perfeccion. Y si quiere saber cómo se alcanza la perfeccion, dígoles que guardando cada persona religiosa sus reglas, y principalmente los tres votos que tiene hechos á Dios de pobreza, castidad y obediencia; y así aquella será

mejor religiosa, que fuere más amiga de la pobreza, y más pura en la castidad y más obediente á su Superiora.

»La perfeccion consiste en la caridad y amor de Dios; si Vm. quiere conjeturar cuánto ha aprovechado ó desaprovechado en este camino de la perfeccion, mire y advierta en qué se ocupa su pensamiento, porque allí se va lo que ama el corazon; y así este negocio consiste en quitar la voluntad y el pensamiento de las cosas del mundo y ponerlo en Dios, aficionándose cada dia más y más á su divina Majestad. Para eso se dejan padres y hermanos y todas las cosas del mundo, para poner el amor que se tenia en ellas en sólo Dios, y eso no quita que no amemos á los prójimos por Dios, ántes él nos enseña que los amemos como se deben amar, deseando que sirvan á Dios y se salven.

»Mire que tiene un Esposo muy celoso que quiere todo el amor para sí, no le divierta en ponerle en las criaturas, ni tome particular amistad con alguna de ellas, sino, amando á todas en Dios, procurar humillarse á todas las monjas y servir las como esclava, teniéndose por indigna de vivir con las esposas de Jesucristo.

»Para que escarmiente de conversaciones de seglares, no quiero más de que, cuando haya tenido alguna, se recoja un rato á su celda á considerar el provecho ó daño que ha sacado de ella y el desasosiego é inquietud con que queda su corazon.

»Sea muy amiga de su celda y oracion, y allí la enseñará su Esposo celestial lo que debe hacer para agradarle, y procure poner en obra los buenos deseos que le diere; y si mil veces falta, mil veces vuelva á proponer de cumplirlos, nunca desmayando.

»Dése á leer libros devotos, que por medio de ellos habla Dios al alma, y por medio de la leccion y oracion le dará nuestro Señor gusto, y consuelo, y aprovechamiento en la vida religiosa.»

Aquí dan fin sus consejos, y luego se despide de ella, pidiéndole que le encomiende á Dios; y aquí debe comenzar nuestra ponderacion, oyendo lo que un novicio, recién hechos los votos de la Compañía, escribe á persona mucho más antigua que él en el estado de la religion, que ni en la doctrina, ni en el espíritu con que la dice, ni en la prudencia y destreza con que enseña, es inferior á ninguno de los Padres antiguos de la Iglesia. Y si se hallára entretejida entre las obras de S. Jerónimo ó S. Bernardo, no hiciera disonancia, y la tuviéramos por digna de cualquier santo; y así es un espejo del alma y espíritu de quien la escribió, y una ejecutoria sellada de su santidad, cuya doctrina debemos guardar todos los religiosos, para cumplir con nuestra obligacion y aprovechar en el camino de la perfeccion.

Llegado á Sevilla, se embarcó para la Nueva España sin más alhajas que su pobre breviario, ni más prevencion que la confianza en Dios, que es la mejor y más segura de todas, la cual ni la roban los ladrones, ni la roe la polilla, ni la broma la corrompe.

En esta navegacion le visitó el Señor con una larga y penosa enfermedad que le derribó en la cama, sin darle un dia de treguas para su alivio.

Las incomodidades de las naves no las sabe sino quien ha navegado, porque las camas ordinariamente son del tamaño de una sepultura, cuanto cabe una persona para recostarse, entre líos y fardos y matalotajes; el olor de la brea y alcrebite, el agua que hace la nave, bizcocho duro por pan y la carne salada, que con la mala bebida hacen mucho en pasarlo los muy sanos, ¿qué haria un pobre enfermo acosado de dolores, sin poder dormir ni descansar de dia ni de noche, ni salir á ver el cielo, ni á respirar un poco de aire?

Pasó el bendito Padre más de dos meses embestido de estas penalidades, con admirable paciencia y conformidad con la voluntad de Dios, sin más médicos ni medicinas que la confianza en su divina Providencia, la cual nunca le faltó.

Todos juzgaban que habia de quedar inútil, y hasta los seglares decian que para qué llevaban á las Indias un hombre que no habia de servir más que de carga, inútil para cualquier cargo.

Pero Dios que le envió esta enfermedad para acrisolar su virtud, como la lepra al Santo Job y la ceguera al Santo Tobías, agrado de su paciencia, le premió con la salud, la cual le dió muy entera en acabando la navegacion.

Habiendo estado poco tiempo en Méjico, fué enviado á las Filipinas á poblar aquella provincia y ser una de las piedras fundamentales de ella.

Partió el siervo de Dios á esta tan gloriosa quanto difícil empresa, adonde se le abria gran puerta para promulgar el Evangelio, y padecer mucho por Cristo, como lo deseaba.

La navegacion fué próspera, porque en poco más de tres meses caminaron tres mil leguas, y llegaron con salud á la isla de Manila, adonde fueron recibidos de los nuestros como si hubieran llegado ángeles del cielo; y en la verdad lo eran en la vida, que no es de ménos estima, como dice S. Cipriano, que serlo en naturaleza: allí estuvo algunos dias, y luego comenzó su apostolado con el fruto que veremos.

III

Su predicacion y el fruto que hizo entre los gentiles de las islas Filipinas.

Luego que llegó á Manila el fervoroso Padre, con la opinion de gran religioso que traía y las muestras que dió de su mucho espíritu y celo del bien de las almas, le enviaron los Superiores á las islas de Pintados, que son los indios más agrestes, duros y belicosos de todas las Filipinas, y por el consiguiente los más necesitados de doctrina; y como tales, los gobernadores y Obispos los encargaron á la Compañía, para que cultivasen aquel pago tan inculco de la viña de Cristo.

Aquí entró el bendito Padre el año de 1595, armado de paciencia y confianza en Dios, virtudes bien necesarias para la empresa que intentaba reducir á la fe católica los bárbaros gentiles de aquellas islas; y al ordinario trabajo le añadieron otro los Superiores para él no menos pesado, que fué el de Superior; porque, reconociendo su aventajado caudal, le hicieron Superior de la residencia adonde estaba, y despues de todas las que habia repartidas en las islas de Pintados.

De esta prelación se aprovechó el siervo de Dios para tomar para sí lo peor y más trabajoso, y dar á los otros lo mejor y más descansado, como lo debe hacer el buen Prelado.

Visitó á pié las residencias, consolando á todos y animándolos no menos con su ejempló que con sus palabras, porque era siempre el primero en el trabajo y el último en el descanso.

Por ser Superior no dejó un momento de la mano la espada de la predicacion enseñando, y doctrinando, y bautizando á los que se convertian á la fe, y acudiendo así mismo á remediar sus necesidades y curarlos y regalarlos en sus enfermedades con admirable caridad, con que ganó mucho las voluntades de aquellos bárbaros, que con su afabilidad y mansedumbre se le aficionaron y le amaban como á padre, y él los abrigaba y defendía como á hijos.

Y si con los indios agrestes era tan humano el P. Humanes, no lo era menos con los españoles que habia en aquellas islas y con los propios de la Compañía; porque su caridad y benevolencia se extendía á todos, y á todos servía y asistía como á sus propios hermanos; sólo de sí descuidaba en las comodidades del cuerpo, pero no en los aumentos del alma, porque guarda-

ba su distribucion y sus reglas con grande vigilancia, y todo el tiempo que le quedaba de los ministerios, le gastaba en oracion con Dios, pidiéndole la reduccion de aquellos idólatras y el provecho de las almas que estaban á su cargo.

La oracion acompañaba con penitencias, tomando sangrientas disciplinas, vistiéndose ásperos cilicios y macerándose con ayunos, sin perdonar á trabajo ni fatiga por ellos.

Aprendió la lengua de los indios y redujolos á poblados, porque vivian en los montes como fieras; trocólos de brutos en hombres racionales, y de esclavos del demonio en hijos de Dios y herederos de su gloria, á costa de tantos trabajos, fatigas y peligros, que muchas veces estuvo ya para morir á sus manos, persuadiéndoles el demonio que le matasen, porque era el mayor enemigo que tenia en la tierra.

Algo significa de esto en cartas que de varias poblaciones escribió á su Provincial: pondré aquí algunas, para que por ellas se vea el fruto que sacaba de sus trabajos y el que hacia en aquellos gentiles, si bien su modestia y humildad modera y disimula la mayor parte de lo que obraba. La primera será la que escribió de la isla de Leite, de la residencia de Dulac: dice así:

«Cumpliendo con lo que V. R. me dejó mandado, haré una breve relacion de lo que con el favor de Dios se ha hecho entre los indios de este pueblo de Dulac y su comarca.

»Entramos en este rio por fin de 95, y con el ayuda de Dios y de algunos españoles, que al presente estaban en él, se comenzó á juntar la gente de tres encomiendas; no habia pueblo alguno en forma, vivian á su uso antiguo, cada principal con su parentela y esclavos en rancherías aparte, que no era pequeño impedimento para nuestra pretension.

»Entre toda la gente de esta isla, ninguna más temida de los españoles sus encomenderos, que no dejaban las armas de la mano; y con efecto, en un rio más arriba de éste, conjurándose los naturales, mataron á tres españoles, y fué necesario hacer de propósito en ellos una entrada y castigo en que murieron muchos.

»Hasta nuestra venida nadie habia predicado aquí el Evangelio, ni habia cristiano ninguno, sino es acaso algun criado de los españoles: sus costumbres como de gentiles, sacrificando muy de ordinario al demonio, y haciendo los que ellos llaman maganitos, cuando se veian en aprieto de enfermedad, ó al tiempo de sembrar y coger, ó en otras ocasiones semejantes.

»Adoraban muchos dioses, y entre ellos á sus antepasados, que llaman Humalagares, con otras muchas supersticiones y engaños del demonio; casados cada uno con dos ó más mujeres, pero con tan poca firmeza, que apenas se

hallará mujer que no haya mudado dos y tres maridos; por cualquiera enojo se apartaban. Eran muy dados al vino y á lo que de él se sigue; en los tratos y contratos usaban de muchos logros que los principales hacian á los pobres.

»Luego que llegamos, dimos órden en hacer una iglesia en que poder celebrar y juntar la gente los domingos para enseñarles la doctrina; acudieron fácilmente á oirla, pero no habia quien diese principio á abrazarla y recibir el santo bautismo: nosotros tampoco les apretábamos, excepto en necesidad, porque no sabíamos aún bien la lengua, y queríamos satisfacernos mejor de los ánimos.

»La segunda diligencia que hicimos fué hacer escuela de niños, sustentándolos en nuestra casa con la limosna de los encomenderos, enseñándoles, por medio de algunos indios hábiles que trajimos para eso, á leer y cantar y tañer, con que los oficios divinos se hacen con solemnidad.

»Ha sido cosa para alabar á Dios el fervor con que se han aplicado estos niños á aprender las cosas de nuestra santa fe, de suerte que, juntándose de cuatro en cuatro ó más, con unas piedrezuelas ó palillos con que suelen señalar las palabras, en pocos dias han aprendido todas las oraciones en su lengua, y algunos en latin y ayudar á Misa.

»Hízose al principio una mision que sirvió de reconocer la tierra y dejar plantadas cruces en varias partes, y levantadas algunas iglesias para juntarse en ellas la gente á aprender la doctrina, y para celebrar nosotros cuando volviésemos á los mismos puestos.

»El primer bautismo que hicimos fué, por la Pascua de Navidad, de cuarenta y cinco personas, las más de las que criábamos en casa: ántes de recibir el agua santa, mostraban algun miedo y recelos, con que nos vimos obligados á hablarles en particular, y darles á entender que no era negocio de fuerza; mas luego que la recibieron, se vió en ellos gran mudanza y tan señaladas muestras de contento, que se veia bien ser efectos del santo bautismo.

»Continuóse el administrárselo en las fiestas principales, conforme al número de los que teníamos suficientemente instruidos, por todo el año de noventa y seis, que fué año abundante de cosecha y próspero de salud, lo cual atribuian á nuestra venida y predicacion; pero el de noventa y siete faltó uno y otro por falta de lluvias y mucha langosta.

»Fué providencia de nuestro Señor haber ya juntado la mayor parte de estos indios, porque con esto les pudimos acudir mejor con el remedio espiritual y corporal: morirían en el discurso de este año en esta doctrina hasta ochenta niños y viejos recién bautizados.

»Ya no hay quien se atreva á hacer en esta tierra públicamente maganitos; todos tienen noticia de que hay un solo Dios verdadero, y que á Él se han de encomendar, y en Él han de creer, y no en sus dioses.

»Muchos de los que han recibido el bautismo y tenían á dos y tres mujeres, quedan casados con una *in facie Ecclesiae*.

»Las borracherás y otros vicios y malas costumbres van muy á ménos. Hánse quitado, ó por vía de la justicia ó por su propio motivo, muchos esclavos mal tenidos, porque saben ya lo que es lícito.

»Al presente hay más disposicion para hacer fruto, por estar ya los indios congregados en pueblos, y haber entre ellos cada dia mayor número de cristianos que con el ejemplo facilitan á otros que lo sean.

»Toda la limosna que nos entra de arroz y mantas se emplea en el socorro de estos pobres fieles é infieles, á quien acudimos en sus enfermedades, y cubrimos su desnudez, particularmente á los niños que criamos en casa.

»Fuera de los naturales, se ha hecho mucho fruto en los advenedizos, cristianos de otras partes, que al tiempo de la cosecha acuden aquí en gran número, administrándoles los Sacramentos, y haciendo que oigan Misa los dias de precepto, y guarden los viérnes y vigiliás. Algunos ha habido bien necesitados de remedio espiritual, que lo han alcanzado aquí, y vuelto á sus tierras muy consolados.»

Hasta aquí la carta del P. Alonso de Humanes, en que con tanta moderacion da cuenta del fruto que hacia en los indios de aquella tierra de Pintados, que le cupo de cultivar: y aunque no fué pequeña loa haber sido el primero que predicó allí el Evangelio, por lo cual mereció justísimamente nombre de apóstol de aquellas islas, como S. Francisco Javier del Japon, y de otras tierras adonde enarbólo el primero el estandarte de la fe; pero otros compañeros de nuestro P. Humanes especifican más el fruto que hizo en aquellos dos años, en que agregó más de diez mil indios montaraces, y los domesticó, y enseñó las verdades de nuestra santa fe, y bautizó gran número de ellos, entre los cuales fueron muchos de los principales que tenían copiosas familias, las cuales, y otros muchos con su ejemplo, recibieron el bautismo y se hizo una florida cristiandad. Y sino fuera por el impedimento que tienen en dejar las mujeres con quien están casados, que, como dijimos, tiene cada uno las que quiere, no quedára en aquellos dos años persona sin el bautismo en aquella isla de Leite; pero con la gracia divina se va venciendo esta dificultad, y allanándose el camino para recibir todos el santo bautismo, como le recibieron en los años siguientes, de que hablando el mismo Padre en otro carta, dice así:

«El fruto que se cogió en el tiempo que estuve en aquella doctrina, no